

Reflexiones sobre el nuevo orden/desorden internacional

ANTONIO GARCÍA SANTESMASES*

Resumen: El artículo versa sobre la posibilidad de conceptualizar el nuevo orden/desorden internacional a partir de los sucesos ocurridos el 11 de septiembre del 2001. Muchos consideran que se inicia una nueva poca y el esfuerzo del análisis debe ir encaminado a mostrar las características y los peligros de un mundo donde la gran polarización se establezca entre un imperio sin ley y unos grupos fundamentalistas dispuestos a utilizar la violencia terrorista. Frente a un panorama tan sombrío son muchos los intelectuales que han reaccionado y han llamado a la movilización de una Europa laica que no quede sumergida en el choque entre dos fundamentalismos de signo religioso.

Palabras clave: Fin de la historia, Choque de civilizaciones, Fundamentalismo, Multilateralismo, Guerra justa, Europa.

Abstract: In this paper the possibility of conceptualization of the new world order/disorder after the 9-11 is discussed. Many consider that we are at the beginning of a new era and our analysis must be headed towards showing the characteristics and dangers of a world divided in two. On one side, an empire out of control. On the other, fundamentalist groups ready to use terrorist violence. Many intellectuals have reacted against such a dreary atmosphere and have called on to a mobilization of a secular Europe that does not disappear in the collision between two religious fundamentalisms.

Key words: end of history, clash of civilizations, fundamentalism, multilateralism, fair war, Europe.

I. Después del 11 de septiembre

Vivimos atrapados por el miedo. Los que soñaban con una expansión ilimitada de la democracia, de la libertad, del capitalismo y del mercado han visto desmentidos sus propósitos. El clima de miedo y de incertidumbre ha vuelto a aparecer en escena. Miedo ante un orden internacional donde somos muchos los ciudadanos que vivimos inmersos en una dinámica que no podemos controlar y que es diseñada por otros. Esto no es una novedad porque si algo caracterizó a la política de bloques fue la soberanía limitada. Esa soberanía que Breznev reivindicaba para hacer añicos la primavera de Praga y que fue propagada en España, en los años ochenta, para justificar la permanencia de España en la Otan. A los checos no se les permitía adentrarse por un camino específico de avance hacia el socialismo y a los españoles se nos recordaba que una cosa son las querencias del corazón, y otra, las posibilidades de la realidad a las que había que someterse. Podríamos desear ser un país libre de los bloques militares y soñar con alcanzar el status de un país neutral que contribuyera a la causa de la

Fecha de recepción: 10 enero 2003. Fecha de aceptación: 29 enero 2003.

* Universidad Nacional de Educación a Distancia. Madrid.

paz y del desarme pero, recordaban los realistas políticos, nuestra situación geográfica y los intereses norteamericanos impedían esas aventuras románticas: había que aceptar los designios de la realidad y someterse a los intereses y los proyectos de la potencia hegemónica.

¿Donde está entonces la novedad? ¿Por qué aparece un nuevo miedo? El mundo de principio de los ochenta, dominado por el choque entre las dos superpotencias, en lo que se denominó la «Segunda guerra fría», sancionaba una realidad que había presidido la vida europea desde el final de la segunda guerra mundial. No había margen de maniobra para checos, húngaros o polacos si querían abandonar el Pacto de Varsovia. No había posibilidad de acabar con las dictaduras en Portugal, en Grecia o en España si esta pretensión chocaba con los intereses norteamericanos. Esa realidad congelada llegó un momento en que se aceleró. Se vivió lo que E.Thompson llamaba La era del exterminismo, una época donde las élites militares habían adquirido tal grado de autonomía que operaban con independencia del poder económico y del poder político. La autonomía del poder militar y la propia lógica de la tecnología armamentista hacía temer que un choque entre las dos superpotencias se podía producir.

Todo ese escenario cambió radicalmente con la llegada de la Perestroika. Gorbachov difundió un nuevo pensamiento político que permitía construir una nueva Europa libre de los bloques militares y apostaba por una casa común Europea. Una Europa sin bloques militares donde se fuera articulando una nueva realidad internacional, donde fuera posible revertir el gasto ocasionado por la carrera de armamentos en afrontar los problemas ecológicos y sociales.

El mundo construido en los años noventa no fue, sin embargo, por los caminos que había deseado Gorbachov. Se fueron imponiendo las tesis favorables al triunfo de la democracia liberal capitalista (Fukuyama) y el mundo internacional se fue polarizando a la búsqueda de un nuevo enemigo (el choque de civilizaciones de Huntington). Los sucesos del 11 de septiembre han venido a confirmar esa nueva realidad y a adentrarnos en un mundo lleno de incertidumbres.

Hasta tal punto son inciertas las expectativas que muchas de las hipótesis lanzadas por los expertos son en seguida desmentidas por los hechos. Tras los sucesos terribles del 11 de septiembre la administración norteamericana decidió golpear el régimen de los talibanes en Afganistan. Muchos expertos manifestaron su preocupación y señalaron que podíamos adentrarnos en una guerra larga y de difícil salida. Se recordaba lo ocurrido en los años ochenta y se afirmaba que era imposible derrotar al régimen Taliban sin una terrible y dolorosa escalada bélica. Se hablaba de preparar a la opinión pública para una contienda que duraría muchos años.

Y, sin embargo, no fue así. El régimen de Afganistan cayó en poco tiempo y la televisión nos mostró las imágenes más positivas de lo ocurrido: la apertura de las escuelas, el desarrollo de representaciones de teatro, la música en las calles y hasta la celebración de partidos de fútbol. No nos enseñaron las imágenes terribles de una acción bélica devastadora. Las imágenes luctuosas son cuidadosamente silenciadas por los grandes medios occidentales. Un hecho es, sin embargo, evidente. Lo que parecía imposible, según algunos expertos, ha ocurrido: derribado el régimen político taliban se ha formado un nuevo gobierno. Asunto distinto es si este nuevo gobierno será respetuoso con los derechos humanos y si logrará sacar a Afganistan de la pobreza en la que se encuentra.

El otro gran objetivo de la operación es el que no ha sido cumplido. Se afirmó, desde el primer momento, que el ataque a Afganistán era necesario porque el régimen de los Taliban era el soporte que utilizaba Bin Laden para llevar a cabo acciones terroristas. Se afirmó igualmente que las fuerzas norteamericanas no pararían hasta dar con Bin Laden vivo o muerto. Esto es lo que no ha ocurrido. A partir de ahí cabe dar por concluida a operación o lanzarse al ataque de nuevos países que puedan ser base de los grupos terroristas.

Intentando ver lo que ha ocurrido con cierta perspectiva me ha impresionado volver a leer un artículo de Manuel Castells publicado en el año 1990 en la revista «El socialismo del futuro». Decía Castells: «Las sociedades democráticas e industrializadas deben tomar conciencia concreta del hecho de que constituyen una isla de paz, libertad y prosperidad en el proceloso mar de una humanidad sufriente en su gran mayoría»¹ una humanidad donde la nueva historia se produce en condiciones de segregación de una parte importante del planeta. Los segmentos desechados: «se resisten a desaparecer en los basureros planetarios en donde se acumulan los fragmentos inservibles de humanidad». Su reacción es multiforme desde explosiones colectivas y desesperadas en forma de saqueos en las grandes ciudades hasta «...el llamamiento irracional y primitivo a la identidad cultural, étnica o religiosa en la forma de fundamentalismo fanático (fundamentalismo islámico) o ideológico (fanatismo marxista leninista del tipo de Sendero luminoso en Perú). Es la lógica de la exclusión que corresponde a la lógica de la exclusión. Si el desarrollo del nuevo sistema crea la irrelevancia de una parte importante de la población mundial, los individuos y las sociedades así ignoradas, reducidos a una condición de subhumanos, responden con la redefinición autónoma de los criterios de humanidad y declaran no humanos, «infieles», «satánicos» o «explotadores» a quienes se integran en el nuevo sistema. Así planteada la relación de la no relación, la consecuencia lógica es la resistencia suicida o la guerra de exterminio, la alteridad total llevada hasta sus últimas consecuencias, es decir el terrorismo indiscriminado y generalizado como arma última del excluido. El terrorismo fundamentalista será (es ya) la guerra mundial del siglo XXI»².

Impresiona leer el artículo cuando ha pasado toda una década porque ayuda a comprender las esperanzas suscitadas por la caída de los países del este y lo que ha venido ocurriendo. Lo decía Gorbachov tras los hechos del 11 de septiembre: hemos perdido una década: «Cuando salíamos de la guerra fría decíamos: hay que liberar recursos y permitir el desarrollo y la ayuda real a los países más pobres ...¿pero qué pasó? nada. Nada cambió. Todo fue a peor. La globalización sólo ha revertido beneficios a los países ricos, hay más pobreza en el mundo e incluso en EEUU, Gran Bretaña y otros países ricos el porcentaje de pobres ha aumentado y por eso en estos países tampoco hay tranquilidad ni estabilidad. El abismo entre países ricos y pobres ha crecido. Han pasado diez años desde entonces y no los hemos aprovechado»³.

La esperanza de lograr un nuevo orden internacional se basaba en la posibilidad de encauzar los enormes recursos, que se despilfarraban en la carrera de armamentos, en atender las necesidades del problema Norte-Sur. No se hizo así. Se evitó la guerra nuclear y el choque entre las dos superpotencias pero se fue construyendo un nuevo orden presidido por una única superpotencia que asienta su dominio militar en todo el planeta. Se pensó en una desaparición de los dos bloques militares y hemos asistido al reforzamiento de la Otan.

Las palabras de Gorbachov permiten recordar la enorme tarea que le queda a la humanidad si quiere despertar de su letargo. Se ha ido produciendo una limitación de las perspectivas, una incapacidad de ver más lejos y de comprender que nos estamos jugando el futuro de la civilización si creemos que es posible mantener el bienestar y la prosperidad de una isla de privilegiados en un mar de miseria.

Uno de los hechos más sorprendentes de los últimos meses es contrastar el absoluto distanciamiento entre la posición de muchos intelectuales y la acción de los gobiernos. Han sido muchos los

1 M. Castells «El comienzo de la historia» Rev. El socialismo del futuro núm. 2, 1990, p. 71.

2 M. Castells «El comienzo de la historia», p. 71.

3 M. Gorbachov «Esta es la oportunidad de crear un nuevo orden internacional» El País 28 de octubre del 2001.

que han insistido en que así no se puede continuar. Pienso en J. Goytisolo, en S. Nair, en N. Birbaum, en E. Said. Es un hecho sin embargo que hay una enorme distancia entre lo que podemos leer a estos grandes intelectuales y lo que vemos que hacen los gobiernos europeos⁴.

Algunos de estos analistas insistieron, desde el primer momento, en evitar algunos peligros que se veían venir. Si repasamos lo que ellos dijeron y lo que ha venido ocurriendo el panorama no puede ser más desolador. No ha prosperado, en primer lugar, la idea de hacer llegar a la administración norteamericana la necesidad de compartir las decisiones a la hora de afrontar los problemas de la seguridad mundial. Estados Unidos estaba en el unilateralismo antes del 11 de septiembre y no se puede decir que haya cambiado. No se ha afianzado la idea de compartir sus análisis y sus decisiones con Europa como sujeto de la política exterior. En segundo lugar se ha reclamado que Estados Unidos se atenga a alguna legalidad internacional y de una respuesta proporcionada a la agresión recibida sin violar los derechos humanos y las normas democráticas. Tampoco se puede decir que en este sentido las cosas hayan evolucionado positivamente. La restricción de la libertad de expresión y la supresión de las garantías jurídicas ha sido el designio que ha presidido la acción de la gran superpotencia. En tercer lugar se ha intentado evitar que el acontecimiento vivido redundara en un choque entre las civilizaciones y para ello se consideraba imprescindible dar una salida positiva a las justas demandas del pueblo palestino y contener las posiciones virulentas que hoy presiden la política de la administración israelí. También en este punto las cosas no han hecho sino empeorar.

Diego Hidalgo, presidente de una Fundación dedicada al estudio de la política exterior, ha narrado muy expresivamente los contenidos de una reunión convocada por el Centro de Estudios internacionales de la Universidad de Harvard: «La discusión en la conferencia estuvo dominada por dos análisis, actitudes y predicciones contrapuestas: a) una autoproclamada imperialista, que considera legítimo el intervencionismo de Estados Unidos en cualquier situación de amenaza; b) otra aislacionista, que postula que Estados Unidos no debe intervenir, sino enfrentar una contra otra a potencias regionales para que se controlen o eliminen entre sí (ejemplos Irán contra Irak, China contra Rusia o contra Japón). Ambas posturas son unilateralistas; están basadas en la aplastante superioridad militar de Estados Unidos y ninguna considera ningún tipo de coalición o consenso internacional, ni la participación de un organismo multilateral como Naciones Unidas, ni siquiera la aquiescencia previa de la Unión Europea y de otros antiguos aliados de Estados Unidos, a quienes se considera irrelevantes»⁵. Por si hubiera alguna duda un poco más adelante Hidalgo añade: «América Latina y África no fueron tema de discusión. Igual que noviembre de 1989, fecha de la caída del muro de Berlín, supuso la marginalización definitiva para África, el 11 de septiembre lo supuso para América Latina»⁶.

Si ésta es la política que se sigue nos podemos encontrar con la situación más terrible de todas. Habrá terminado el régimen de los Talibanes pero si las causas que han motivado a esos jóvenes a sacrificar su vida para acabar con la vida de esos miles de seres humanos un 11 de septiembre perviven el mundo se puede convertir en lo que Touraine advirtió a los pocos días. «Estados Unidos ha

4 E. Said «Pasión colectiva» El País 19 de septiembre del 2001. J. Goytisolo «Preguntas, preguntas» El País 20 de septiembre del 2001. N. Birbaum «Atenas y Roma ¿otra vez?» El País 21 de septiembre del 2001. S. Nair «Actuar sobre las causas profundas del drama» El País 26 de septiembre del 2001. Todos estos autores escriben a los pocos días del atentado. Es interesante contrastar esta posición de los intelectuales con el reportaje del mismo diario del 29 de diciembre del 2001 «La izquierda pasa del recelo al apoyo a Estados Unidos», en el reportaje se da cuenta de la actuación de los gobiernos de izquierda europeos a lo largo del otoño del 2001.

5 D. Hidalgo «El futuro de la política exterior de Estados Unidos» El País 10 de julio del 2002.

6 D. Hidalgo «El futuro de la política exterior de Estados Unidos».

sufrido un duro golpe y es en primer lugar en las víctimas de los ataques aéreos en las que hay que pensar. Pero todos tenemos la responsabilidad de evitar un enfrentamiento cada vez más catastrófico entre un poder absoluto y unos desarraigados sin esperanza»⁷. Tenemos esa responsabilidad porque como decía Touraine la pregunta es: «¿Hemos entrado en un siglo XXI que va a reproducir la historia del siglo XX pero con un dramatismo aún mayor? La diferencia principal será que en lugar de enfrentamientos entre naciones organizadas veremos, vemos ya, cómo en torno al imperio y a sus símbolos se forman unas redes de sombra que encuentran los recursos necesarios en la industria petrolera y sobre todo en la voluntad de unos jóvenes de sacrificar su vida por sus convicciones religiosas y políticas. El mundo puede transformarse en un gigantesco País vasco»⁸.

La situación es de enorme gravedad pero antes de plantear la posible respuesta europea conviene recalcar en el debate que se está produciendo en la sociedad norteamericana.

II. El debate de los intelectuales norteamericanos

Los intelectuales norteamericanos han quedado tan conmocionados como el conjunto de la población por los sucesos del 11 de septiembre. Han experimentado la vulnerabilidad del imperio directa y sorpresivamente. Un suceso de tal gravedad no podía sino agitar las aguas del debate intelectual. Sobresalen, en este sentido, dos documentos suscritos por importantes intelectuales norteamericanos. El primero es «Por qué luchamos. Carta de América» y está suscrito, entre otros, por Fukuyama, por Huntington, pero también por M. Walzer. El segundo «No en nuestro nombre» ha sido suscrito, entre otros, por Chomsky, E. Said y G. Vidal⁹.

En el primer documento se defiende un planteamiento que, si al final se produce el ataque contra Irak, va a aparecer continuamente en los medios de comunicación. Los autores del manifiesto perciben con claridad que Estados Unidos se encuentra en una situación nueva donde son muchas las personas en el mundo que se sienten humilladas y agraviadas por la política norteamericana. Son muchas también las que sienten odio hacia la sociedad y las instituciones norteamericanas. El esfuerzo de los autores del manifiesto, donde aparecen firmas conservadoras y liberales, es intentar profundizar en los valores específicos de la sociedad norteamericana para oponerlos al peligro que se cierne sobre este sistema a partir de la hostilidad radical que perciben en grupos terroristas influidos por el fundamentalismo islámico.

Nada demasiado nuevo si se piensa que entre los firmantes se encuentra Fukuyama, que al hablar del «Fin de la historia» ya había defendido la superioridad de la democracia liberal capitalista, y S. Huntington que había teorizado acerca del choque de civilizaciones. Donde se encuentra la novedad es en la firma de destacados representantes del liberalismo norteamericano y en el esfuerzo por teorizar acerca de la necesidad, en determinadas circunstancias, de acudir al último supuesto, a la fuerza, y por tanto en la conveniencia de legitimar moralmente las acciones bélicas. La novedad está en que nos encontramos ante un esfuerzo por estudiar las razones que permiten caracterizar a una guerra como guerra justa.

Los autores de «La Carta de América» sostienen que algunos enfoques intelectuales son inválidos para hacerse cargo del problema de la guerra, desde un punto de vista moral. Son inválidos los

7 A. Touraine «La hegemonía de EEUU y la guerra islamista» El País 13 de septiembre del 2001.

8 A. Touraine «La hegemonía de EEUU y la guerra islamista».

9 «La carta de América» ha sido suscrito por muchos intelectuales norteamericanos conservadores y liberales. El documento «No en nuestro nombre» también ha encontrado significativos apoyos.

enfoques realistas que consideran que los fenómenos bélicos tienen que ver con cuestiones de poder y de supervivencia, donde priman los intereses y donde está en juego la supervivencia. Y por tanto piensan que nada tiene que hacer en ese tema el análisis moral abstracto.

Son inválidos igualmente los análisis religiosos que tratan de justificar la guerra como un instrumento que se puede legitimar por motivaciones teológicas. Estaríamos ante el tema de la «guerra santa» y de las justificaciones de las acciones bélicas dada la superioridad de la causa que se defiende. Dios justificaría la muerte de los enemigos, de los infieles, de los incrédulos.

En tercer lugar estarían las posiciones pacifistas que abominarían de toda guerra en cualquier circunstancia, por considerar que la guerra es intrínsecamente inmoral.

El cuarto supuesto es el de los que defienden la posibilidad de argumentar a favor de la guerra como último recurso, cuando se han explorado todas las alternativas antes de recurrir al uso de la fuerza. Para que la guerra sea «justa» el objetivo marcado debe acrecentar las posibilidades de paz, debe utilizar medios que sean proporcionados al fin que se persigue y debe por tanto reglamentar el uso de la fuerza.

Ante el conflicto producido desde el 11 de septiembre los autores tratan de mostrar que una nación puede sentir la necesidad de defenderse, haciendo uso de la fuerza, si están en peligro los valores que dan sentido al sistema norteamericano. Para defender esos principios puede estar justificado acudir al último recurso si los mecanismos de negociación y persuasión han sido inútiles y si mediante ese uso de la fuerza se puede impedir en el futuro la masacre de víctimas inocentes. No se trataría de una acción bélica para fomentar la expansión de un país o para incrementar su sentimiento de gloria. Se trataría de hacer frente a un enemigo implacable, cuya hostilidad es manifiesta, y que pretende entablar un combate donde sólo cabe la victoria o la muerte. Antes de que crezca el monstruo hay que aplastarlo.

No se le ocultará al lector que a la hora de justificar la necesidad de hacer frente a un peligro y no caer en la pasividad suicida siempre se acude a la experiencia vivida en los años treinta cuando asistimos a la pasividad de las democracias europeas ante el avance incontenible del hitlerismo. Todos estos intelectuales tratan de recordar que no se puede ser inocentes, que el mal existe y que hay que detenerlo, cuando aún estamos a tiempo.

Esta forma de argumentar ha encontrado un gran caldo de cultivo ante la inseguridad que provoca el terrorismo internacional. La proclama reza «Conmigo o contra mí». No es momento de romperse la cabeza con vacilaciones ni con dudas, se está con los terroristas o con la civilización. Esta simplificación es la que ha llenado de asombro, de estupor y de indignación a los autores del otro manifiesto. «No en mi nombre» que han comenzado a movilizarse ante lo que consideran un futuro espeluznante si se cumplen los criterios de los halcones de la Casa Blanca que hablan de la necesidad de combatir durante una generación el fenómeno del terrorismo.

Los autores del segundo manifiesto vienen a recordar que las dudas acerca de las medidas bélicas son absolutamente necesarias si no queremos ir a un mundo presidido por la «política imperial» en el exterior y la «represión interna» dentro de los propios Estados Unidos.

Su propósito es resistir a la maquinaria de guerra porque no ven que Irak tenga ninguna relación con los hechos del 11 de septiembre y porque consideran que el espíritu de venganza que impera desde aquellas fechas no aventura nada bueno. Se ha entrado en la era del simplismo, donde no se pueden manifestar dudas, donde no se pueden realizar preguntas si no se quiere caer estigmatizado como traidor.

Este planteamiento de simplificación no se ha dado únicamente en Estados Unidos. En la propia Europa el planteamiento de Berlusconi o de Aznar, han fomentado al máximo el maniqueísmo pre-

tendiendo que todo el que no está con la política imperial apoya por activa o por pasiva a los terroristas.

Sin embargo el debate no ha hecho más que empezar tanto en Estados Unidos como en Europa. Si volvemos al documento de los intelectuales de la «Carta de América» nos podemos dar cuenta que su esfuerzo por legitimar las acciones bélicas desde la perspectiva de la guerra justa no hace sino suscitar enormes interrogantes.

Si una guerra para ser justa debe evitar la muerte de inocentes, y debe poder asegurar que el fin que se persigue es factible no cabe duda que ninguna de las dos condiciones se dan en la actual política norteamericana en relación a Irak. Desde el embargo de los noventa han muerto miles de inocentes en Irak en los bombardeos periódicos y a través del embargo. La opinión pública asiste perpleja a un espectáculo donde no se aplica la misma vara de medir ante los distintos conflictos.

La política norteamericana apoya indiscriminadamente las acciones del Estado de Israel contra el pueblo palestino y pretende hallar la solidaridad del mundo árabe en su política contra Irak. Si para que haya guerra justa, según los teóricos norteamericanos, tiene que producirse un fin claro y unos medios proporcionados. Ni el fin está claro ni los medios tienen proporción.

El fin no está claro porque puede incendiar a las masas fundamentalistas el encontrar que la arrogancia imperial norteamericana trata de afianzar su dominio, recubriéndolo con valores que pueden parecer hipócritas y cínicos a ojos de esas masas desamparadas que hallan en la religión fundamentalista una identidad. Aunque esta identidad nos parezca criminal es la que les da sentido.

El gran problema de los intelectuales de la Carta de América no estriba en los valores que defienden. Afirmar que uno apuesta por la búsqueda de la verdad, al desarrollo libre de la personalidad individual, la defensa de un mundo donde todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos, donde la libertad de conciencia y de creencia religiosa son derechos inviolables del ser humano ...afirmar todo este conjunto de principios no creo que plantee muchos problemas.

Somos muchos los occidentales que no tendríamos inconveniente en asumir estos valores pero somos también muchos los que consideramos que, como ellos mismos reconocen: «a veces nuestra nación ha actuado con arrogancia e ignorancia hacia otras sociedades. A veces nuestra nación ha llevado a cabo políticas erróneas e injustas. Con demasiada frecuencia hemos fracasado como nación en vivir de acuerdo con nuestros ideales. No podemos urgir a otras sociedades que obren de acuerdo con unos principios morales sin que, simultáneamente, admitamos el fracaso de nuestra propia sociedad en vivir de acuerdo con esos mismos principios»¹⁰.

Esta crítica se acrecienta cuando uno piensa en la realidad vivida por la administración Bush, no ya por no vivir de acuerdo con esos principios, sino por haberlos transgredido hasta el punto de haber llevado la corrupción hasta la cima del propio sistema económico. Si ante todas las acusaciones dirigidas a esa administración se responde con el intento de producir fugas hacia delante, sin contar con nada ni con nadie, cayendo en el más burdo unilateralismo, no es extraño el grito de los intelectuales que firman el otro manifiesto.

Para los autores del manifiesto «No en nuestro nombre» La opinión pública norteamericana no puede seguir pasivamente los dictados de la administración Bush. Para ellos hay que actuar antes de que sea demasiado tarde. Estamos ante una llamada a la acción distinta de la de aquellos que siempre critican la pasividad de las democracias ante el avance del hitlerismo. Y es una llamada distinta porque los autores no ven en Irak esa política expansiva y sí ven que la opinión pública norteamericana se encuentra amedrentada. No pueden aceptar que un día se diga que en Estados Unidos la gente

10 «Carta de América» p. 1.

no hizo nada cuando su gobierno instauró una guerra sin límites instaurando nuevas medidas represivas.

Las palabras de los autores del manifiesto «No en nuestro nombre» son inequívocas «Demasiadas veces en la historia la gente ha esperado para resistir cuando ya era demasiado tarde. El presidente Bush ha declarado: o con Nosotros o contra Nosotros. Esta es nuestra respuesta: nos negamos a que hable en nombre de todos los estadounidenses. No entregaremos nuestras conciencias a cambio de una huera promesa de seguridad. Decimos No en nuestro nombre. Nos negamos a ser parte de esas guerras y rechazamos todas las acciones emprendidas en nuestro nombre o por nuestro bienestar. Tendemos la mano a quienes en el mundo sufren como consecuencia de estas decisiones»¹¹.

Los dos manifiestos reflejan que la temperatura anímica ha subido en Estados Unidos a unos límites poco acordes con la idea tan difundida de un ocaso de los intelectuales en la era de la posmodernidad, donde ya no tendrían sentido las grandes causas ni habrá motivos para el compromiso. Si uno lee las conclusiones de los dos manifiestos la percepción es la de que estamos ante una fuerte polarización dentro del mundo intelectual.

Mientras los autores de la «Carta de América» afirman: «...con una sola voz decimos solemnemente que es crucial para nuestra nación y sus aliados ganar esta guerra. Luchamos para defendernos, pero también creemos que así defendemos aquellos principios universales de los derechos humanos y la dignidad humana que son la mejor esperanza para la humanidad»¹².

Los firmantes de «No en nuestro nombre» concluyen: «No permitiremos que el mundo que hoy nos contempla se desespere por nuestro silencio y nuestra incapacidad de acción. Hagamos que el mundo pueda sentir nuestro compromiso. Resistiremos frente a la maquinaria de la guerra y la represión y haremos todo lo posible para detenerla»¹³.

III. ¿Tiene Europa una respuesta?

Pienso que en Europa hay miedo. Es un miedo muy distinto al que movilizó a los pacifistas en los años ochenta. Entonces se pensaba en un choque entre las dos superpotencias. Ahora hay un temor a verse envuelto en un conflicto civilizatorio donde no seamos capaces de definir ni los elementos en juego ni el sentido de las bazas a jugar. Esta situación llega al paroxismo cuando se nos conmina a elegir perentoriamente entre el orden internacional americano y el fundamentalismo islámico. El europeo ilustrado vive que es arrastrado a una guerra entre símbolos religiosos donde su perspectiva va siendo arrinconada. El ciudadano europeo se encuentra interpelado por la brutalidad de la masacre en Nueva York pero se encuentra igualmente preocupado por el terrorismo de estado ejercido por el Estado de Israel. Reducido a la condición de espectador ve que se acumulan las víctimas, los agravios y los deseos de venganza pero no encuentra la salida racional a un choque que va aumentando en lugar de disminuir.

Este choque afecta decisivamente a las sociedades europeas porque sus Estados son aliados de una de las partes y porque su situación geográfica las hace receptoras de migraciones de personas que proceden de los países árabes y que tienen que integrarse en sociedades cuyos valores son puestos en cuestión por estos acontecimientos.

11 No en nuestro nombre, p. 2.

12 Carta de América, p. 6.

13 No en nuestro nombre, p. 2.

Europa ha querido sacar a la religión del conflicto social y la religión ha vuelto en forma de fundamentalismo americano o de fundamentalismo islámico. Europa pide a los inmigrantes que se integren en su sociedad aparcando sus creencias particulares en el recinto de la conciencia privada. Esa creencias particulares no deben ser visibles en el espacio público. En el espacio social todos debemos ser ciudadanos sin contaminar se espacio con creencias particulares o con adherencias étnicas. Esta proclamación enfática de la ciudadanía es tan necesaria como insuficiente. Es insuficiente porque olvida que para sentirse miembro de una comunidad hay que tener acceso a unos derechos que en muchas ocasiones son negados a las personas procedentes de los países árabes. Derechos al trabajo y derechos en el trabajo, derechos a la reivindicación, a la negociación, a la huelga. Nada más peligroso que un mundo donde reproduzcamos una dualización en el mercado de trabajo entre la población reglada, cubierta, con derechos y una población sin papeles, sobreexplotada, oculta en la economía sumergida. Al estar fuera de la norma, al estar desregulado, al no vivirse miembro de la comunidad, el refugio en la adherencia étnica o en la creencia religiosa puede provocar núcleos cerrados, incomunicados, refractarios a todos los valores de la sociedad de acogida.

La gravedad de la situación para Europa es que los dos problemas que están vinculados. Al estar arrastrada por conflictos que no controla es vista como aliada de unos poderes que no le consultan sus decisiones y que le hacen aparecer ante una parte de la población inmigrante como soporte de un orden que va perdiendo día a día legitimidad.

El miedo a verse envuelto en conflictos incontrolables va unido a la pérdida de confianza en la supervivencia del modelo social europeo. Este modelo había garantizado la paz social en Europa al lograr la neutralización del conflicto de clase mediante políticas de bienestar universalista y medidas económicas redistributivas. La seguridad en el trabajo, la esperanza de movilidad social, el reparto de la riqueza y los acuerdos corporativos entre gobiernos, patronal y sindicatos habían configurado un mundo donde crecimiento económico, cohesión social y seguridad parecían compatibles.

Hoy esa compatibilidad está puesta en cuestión. Los requerimientos del mercado capitalista mundial hacen que las empresas pierdan competitividad, los Estados restrinjan los gastos sociales y las poblaciones vivan los efectos de la desregulación, la privatización y la precarización. Si la opinión pública más lúcida es consciente de los peligros del nuevo orden internacional son las poblaciones más explotadas las que viven los efectos de un doble fenómeno que aparece ante nuestros ojos: pérdida de derechos y conquistas sociales para la población autóctona y llegada de una población inmigrante a la que se sobreexplota y entra en colisión en la convivencia escolar, urbana y laboral con los sectores excluidos.

En una sociedad donde se rompe el mercado de trabajo, donde la escuela no puede hacerse cargo de todos los males de la estructura social, donde los sindicatos tienen que atender a los autóctonos y a los inmigrantes el canto a la ciudadanía puede parecer una proclama ilusoria. Máxime si a esta situación de pérdida de derechos añadimos el peligro de guerra.

Es hora de concluir. Me sigue pareciendo de la mayor gravedad la distancia cada vez más grande entre los teóricos y los políticos. Es verdad que no acabamos de saber qué hacer, pero incluso cuando dibujamos un proyecto, nos faltan las fuerzas para llevarlo a cabo. Leemos y leemos a S. Sontag, a S. Nair, A. Goytisolo, a E. Said, pero ¿quién se hace cargo en la práctica institucional de estas propuestas?

Diego Hidalgo hablaba de la necesidad de recuperar el diálogo entre Europa y Estados Unidos como una necesidad perentoria. Lo es pero no sé si llegaremos a tiempo. Mientras tanto vivimos una paradoja de la que no sabemos salir. Es la paradoja de nuestra época. Cuando más necesaria es una Europa que tenga voz en la política exterior menos clara está esa posibilidad. De nuevo aquí son los

otros, los que nos miran desde fuera, los que ven mejor lo que nos pasa. Hace unos meses B. Prost Salomón hablaba de cómo EE.UU. mira a Europa y decía: «Tenemos nuestros estereotipos preconcebidos sobre Europa de la misma forma que Europa los tiene sobre nosotros. Damos por hecho que Europa occidental está a nuestra izquierda, y hasta hace poco también dábamos por hecho que una sólida Unión Europea impulsada por una Alemania y una Francia que ya no luchan entre sí garantizaría la estabilidad del continente. Pero de repente, en este año espantoso, empezamos a leer en la prensa noticias que hablan de un racismo extendido, de una Europa que cierra sus fronteras a los inmigrantes y de una ominosa irrupción de una extrema derecha europea. Los estadounidenses expresamos abiertamente nuestra irritación por el antiamericanismo automático, pero somos mucho menos directos a la hora de expresar nuestro miedo a una Europa que, cuando se siente amenazada, se lanza a la aventura fascista» y añade al hablar del miedo por el ascenso del nacionalismo alemán: «... si Alemania, el inmenso motor que mantiene Europa estabilizada (de hecho a salvo de la propia Alemania) no supera su inclinación hacia el nacionalismo (alimentada por su mala economía, el racismo y el desencanto del votante con la UE), Europa tendrá muchos problemas. Personalmente espero que Europa deje de mirar tanto a Estados Unidos porque el antiamericanismo o el proamericanismo abstracto es un mal sustituto de la política social nacional concreta»¹⁴.

Tras estas reflexiones de la novelista norteamericana dos hechos han contribuido a agrandar aún más la distancia entre Europa y los Estados Unidos. Las elecciones alemanas han mostrado que una parte del electorado no quiere una guerra. Las elecciones norteamericanas han permitido que Bush tenga las manos libres para actuar como le plazca. Y lo ha hecho después de que durante meses el comportamiento de la administración norteamericana ha ido día a día restringiendo los derechos humanos y cercenando las garantías constitucionales. Hace meses hacía Santiago Carrillo una reflexión con la que me gustaría concluir: «Ultimamente la administración norteamericana se propone crear una red de millones de informadores, convirtiendo en confidentes y soplonos a fontaneros, electricistas, carteros... toda una serie de gentes que por la especificidad de su trabajo tienen acceso a viviendas privadas. Así funcionaba la Gestapo de Hitler. De esta suerte, la democracia de EEUU, que llegó a ser el país donde las libertades individuales adquirieron la mayor amplitud, está convirtiéndose en un Estado policiaco y militarista, ante la mirada sorprendida y seguramente asustada del resto de la humanidad»¹⁵. Con estas palabras de Santiago Carrillo quisiera terminar. Tiene razón B. Prost Salomón. Tenemos que realizar una política social que impida el crecimiento de la extrema derecha pero también, sin caer en ningún antiamericanismo mecánico, tenemos que advertir del peligro que se cierne sobre los Estados Unidos. Y lo tenemos que hacer, como bien decía Carrillo, antes de que sea demasiado tarde: «Ya sé que escribir esto no entra hoy en la categoría de lo políticamente correcto. Sé que mucha gente lo piensa, pero no se decide a decirlo. Pero si en los mismos EEUU hay gente que también lo piensa y asume el riesgo de decirlo antes de que sea demasiado tarde ¿por qué en el resto del mundo no vamos a apoyarles diciéndolo también?»¹⁶. Carrillo escribía antes de las elecciones norteamericanas de noviembre pasado. No parece que los electores hayan apoyado mayoritariamente reflexiones de este tipo. Es evidente que tras ese resultado el peligro aumenta y, por ello, la necesidad de resistir se incrementa. Ahí se va a centrar el debate ético-político más importante de los próximos meses. ¿Seremos capaces los europeos de evitar el choque entre dos fundamentalismos?

14 B. Prost Salomon «EE.UU. mira a Europa» El País 5 de julio del 2002.

15 S. Carrillo «La memoria histórica» El País 25 de julio del 2002.

16 S. Carrillo «La memoria histórica» El País 25 de julio del 2002.